

EL ENSUEÑO DE LA VIRGEN.



Dormid; que el Dios alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

GÓRGORA.

La vírgen inclina, cual rosa de mayo,
En tierno desmayo su cándida sien;
Y baja en mil rizos su blondo cabello
Al pálido cuello con tenue vaiven.

Sus párpados cierra suavísimo ensueño,
Con grato beleño, con blando sopor;
Agita graciosa su labio encendido,
Y vuela perdido suspiro de amor.

Cual lago tranquilo que el céfiro halaga
A tiempo que apaga la luz su fanal,
Palpita su pecho, mas albo que armiño,
Tan casto cual niño de faz virginal.

So diáfano lino de encajes ornado,
Su seno nevado se mira gentil;
Cual vemos en golfos de linfas serenas,
En medio de arenas, mil conchas y mil.

Venid, auras frescas bañadas de olores,
Venid, ruiseñores de dulce cantar;
Su sueño arrullando con blandas caricias,
Con vivas delicias brindadle á gozar.

Venid, bellas ninfas, con pasos callados,
Y en pléctros templados cantad su virtud;
Tejed de amapolas guirnalda inocente
Que adorne su frente, la infunda quietud.

Su sueño es mas lindo que el sueño del lirio
Despues del martirio de intensa calor
Si dobla sus hojas, con rico embeleso,
Del céfiro al beso que roba su olor.

El mar dilatado que ostenta sereno
Su nítido seno que el noto surcó,
Es menos risueño y es menos hermoso
Que el puro reposo de que ella gozó.

Arcángel parece que el fúlgido cielo,
Alzando su vuelo, dejara fugaz,
Y al fin fatigado nos muestra sus galas
Plegando sus alas en lánguida paz.

Su mente se olvida del suelo mezquino,
Y en raptó divino se siente elevar
Al mundo sublime que habita el poeta
Cual raudo cometa de claro brillar.

Alegre descubre lozanas praderas,
Corrientes parleras color de zafir;
Y escucha encantada los coros suaves
De aligeras aves que vense bullir.

El éter adornan celajes de plata,
Y el lago retrata la bóveda azul;
Gacelas gallardas se van retirando
La sombra buscando del verde abedul.

Percibe mil grutas, cual nidos de amores,
Do lucen las flores variado matiz,
Y encubren profusas las rústicas peñas,
Formando risueñas campestre tapiz.

La brisa desparce perfume y frescura,
Y ardiente murmura sollozo de amor,
Que turba del pecho la plácida calma
Y enciende en el alma radiante fulgor.

Vision peregrina de luz circundada,
Su vista extasiada contempla al confín;
Y entónces sus blancas y tersas mejillas
Con tintas sencillas colora el carmin.

El ser que anhelaba con ansia inefable,
El ser adorable que á veces buscó
Es ese fantasma de formas galanas
Que glorias livianas audaz la ofreció.

La vírgen amante le tiende sus brazos,
Espléndidos lazos que envidia el querub;
Esposo le llama, celeste tesoro,
Su acento sonoro cual son de laud.

Después se le acerca con risa gozosa
Niñez amorosa formando rumor;
Y madre la dice con voz apacible,
Su pecho sensible llenando de ardor.

Imprime en su rostro mil ósculos caros,
Con brazos avaros su talle ciñó;
Discurre en sus venas el fuego materno
Que en júbilo eterno su vida abrasó.

Ya siente que deja tan bellos lugares,
Y cruza millares de globos de luz;
Mirando á sus plantas el sol y la luna,
De sombra importuna la envuelve el capuz.

Ya llega á los cielos; ya dobla la frente,
 Con gozo ferviente delante de Dios;
 Depone su palma de vírgen emblema,
 Tambien la diadema que ostenta el candor.

El velo nocturno va el alba rasgando,
 La vírgen llorando despues despertó,
 Que mira perdidas las altas regiones
 Do etéreas visiones contenta soñó.

1851.



JOSEFA HERACLIA BADILLO.



A UN SAUCE.

Libre de la mirada indagadora
 De curioso importuno cortesano,
 Que no supo jamás como se llora,
 En este bosque umbrío,
 Llorando busco alivio al dolor mio.....

Pero ¡ay!.... No puede mi abundoso llanto
 Curar un corazon tan mal herido;
 En vano busco alivio á mi quebranto;
 Gimiendo entristecida,
 Logro tan solo desgarrar mi herida.

No tengo ni un recuerdo de ventura
 Que me aparte un instante del presente,
 Y endulce de mi cáliz la amargura.
 ¡Oh verde sauce hermoso!....
 ¡No encontraré jamás blando reposo?

Conozco ya que no.... La helada muerte
 Solo puede dar fin á mis tormentos....
 Solo ella, sí, ¡tan mísera es mi suerte!
 Triste vivo llorando,
 Espinas con mis lágrimas regando.

Sauce frondoso, en cuyo tronco grabo
 El nombre que mas caro á mi alma suena,
 Tú sabes bien que sin morir me acabo,
 Y que espirar no quiero
 Sintiendo en mi existir martirio fiero.

En la edad del placer y los amores
 No quisiera bajar á la honda huesa;
 Que si es triste vivir entre dolores,
 Mas lo es la muerte impía,
 Y vivir quiero con la pena mia.

Tiembla mi tierno corazon de espanto
 Al solo nombre de la muerte horrible;
 La voz me falta, se detiene el llanto,
 Y un profundo gemido
 Dice el pesar que me ha sobrecogido.

¡Cuántas veces me has visto desmayada,
 Frondoso sauce á cuyo tronco fio
 Los tormentos de mi alma acongojada!....
 Dime.... ¿Es sola la muerte
 La senda abierta á mi infelice suerte?

Desde mi nacimiento hasta este dia
 Siempre triste lloré, sauce frondoso;
 Jamás se abrió mi pecho á la alegría,
 Y morir no quisiera
 Sin que un momento de placer tuviera.

¡Cuán inútil, oh sauce, es mi deseo!
 He de morir cual vivo, desgraciada;
 Mas halagüeño porvenir no veo....
 Una temprana muerte
 Solo puede librarme de la suerte.

Viva puedo pensar en el que adoro
 Aunque infelice mi ternura sea,
 Y derramar por él amargo lloro;
 Pero en la tumba fria
 No hay esperanza, amores ni alegría.

No queda en el sepulcro ni memoria
 De lo que mas amamos en la vida;
 Es mi infeliz pasion mi única gloria,
 Y morir no quisiera
 Porque mi amor conmigo no muriera.

Mas no; acabar no puede mi amor tierno
 Que en mi alma triste su mansion labrara,
 Porque sabe que allí vivirá eterno....
 Verde sauce frondoso,
 En la muerte pensar no me es ya odioso.

MI DÉBIL CUERPO VOLVERÁ Á LA NADA,
 Cubrirá mis cenizas una losa,
 Y mi alma del Criador á la morada
 Levantará su vuelo
 Y á los querubes se unirá en el cielo.

Y allí por el mortal que amé constante
 Rogaré sin cesar, é irá mi sombra
 Donde pisa su planta vacilante,
 Y él quizá una plegaria
 Ofrecerá en mi tumba solitaria.

1845.



FERNANDO CALDERON.



EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso
 Camina un jóven guerrero,
 Cubierto de duro acero,
 Lleno de bélico ardor:
 Lleva la espada en el cinto,
 Lleva en la cuja la lanza,
 Brilla en su faz la esperanza,
 En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
 Y el robusto cuello halaga,
 Y la crin, que al viento vaga,
 De su compañero fiel.
 Al sentirse acariciado
 Por la mano del valiente,
 Ufano alzando la frente
 Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
 De blanca espuma se llenan;
 Sus herraduras resuenan
 Sobre el duro pedernal:
 Y al compás de sus pisadas,
 Y al ronco son del acero,
 Alza la voz el guerrero
 Con un acento inmortal.

“Vuela, vuela, corcel mio,
 Denodado;
 No abatan tu noble brio
 Enemigos escuadrones,
 Que el fuego de los cañones
 Siempre altivo has despreciado:

Y mil veces
 Has oido
 Su estallido
 Aterrador,

Como un canto
 De victoria
 De tu gloria
 Precursor.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Yo dejé el paternal asilo

Delicioso:
 Dejé mi existir tranquilo
 Para ceñirme la espada;
 Y del seno de mi amada
 Supe arrancarme animoso:

Ví al dejarla
 Su tormento:
 ¡Qué momento
 De dolor!
 Ví su llanto
 Y pena impía;
 Fué á la mia
 Superior.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

El artero cortesano
 La grandeza
 Busque adulando al tirano,
 Y doblando la rodilla;
 Mi troton y humilde silla
 No daré por su riqueza:
 Y bien pueden
 Sus salones
 Con canciones
 Resonar.
 Corcel mio,
 Yo prefiero
 Tu altanero
 Relinchar.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Vuela, bruto generoso,
 Que ha llegado
 El momento venturoso
 De mostrar tu noble brio,
 Y hollar del tirano impío
 El pendon abominado:
 En su alcázar
 Relumbrante
 Arrogante
 Pisarás,

Y en su pecho
 Con bravura
 Tu herradura
 Estamparás.

*Entre hierros, con oprobio
 Gocen otros de la paz;
 Yo no, que busco en la guerra
 La muerte ó la libertad.*

Así el guerrero cantaba,
 Cuando resuena en su oido
 Un lejano sordo ruido,
 Como de guerra el fragor:
 "A la lid," el fuerte grita;
 En los estribos se afianza,
 Y empuña la dura lanza,
 Lleno de insólito ardor.

En sus ojos, en su frente
 La luz brilla de la gloria,
 Un presagio de victoria,
 Un rayo de libertad:
 Del monte en las quebras hondas
 Resuena su voz terrible,
 Como el huracan horrible
 Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
 Ya del combate impaciente,

Mucho mas que el rayo ardiente
 Es su carrera veloz:
 Entre una nube de polvo
 Desaparece el guerrero:
 Se ve aun brillar su acero,
 Se oye á lo lejos su voz:

*¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
 Una vergonzosa paz;
 Busco en medio de la guerra
 La muerte ó la libertad.*



EL SUEÑO DEL TIRANO.



De firmar proscripciones
 Y decretar suplicios, el tirano
 Cansado se retira,
 Y en espléndido lecho hallar pretende
 El reposo y la paz. ¡Desventurado!
 El sueño, el blando sueño,
 Le niega su balsámica dulzura;
 Tenaz remordimiento y amargura
 Sin cesar le rodean:
 En todas partes estampada mira

De sus atroces crímenes la historia:
 Su implacable memoria,
 Fiel en atormentarle, le recuerda
 Las esposas, los hijos inocentes
 Que por su saña abandonados gimen
 En viudez y orfandad: gritos horrendos
 Cual espada de fuego le penetran:
 Con pasos agitados
 Recorre su magnífico aposento,
 Sin hallar el consuelo en su alma impura.
 La amistad, el amor, son nombres vanos
 Que jamás comprendió: los ojos torna;

Su cetro infausto y su corona mira;
 Un grito lanza de mortal congoja;
 Con trabajo respira,
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya, por fin, un sopor espantoso,
 Sus sentidos embarga un momento;
 Pero el sueño redobla el tormento
 Con visiones de sangre y horror:
 A un desierto se mira llevado,
 Donde el rayo del sol nunca brilla;
 Una luz sepulcral, amarilla,
 Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
 Va sobre ellos poniendo la planta,

Y al fijarla los huesos quebranta
 Con un sordo siniestro crugir.
 A su diestra y siniestra divisa
 Esqueletos sin fin hacinados,
 Y los cráneos, del viento agitados,
 Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
 A sus plantas furioso bramando,
 Y cabezas hirsutas nadando,
 Que se asoman y vuelven á hundir:
 Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
 Y sus cóncavos ojos abriendo,
 Brilla en ellos relámpago horrendo,
 De infernal espantoso lucir:

Del tirano en el rostro se fijan
 Sus atroces funestas miradas:
 En sus frentes de sangre bañadas,
 Del infierno refleja el horror:
 Y sus dientes rechinan entonces,
 Y sus cárdenos labios abriendo,
 Este grito lanzaron tremendo:
 "¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion!"

Las cavernas de un monte vecino
 El acento fatal secundaron:
 Largo tiempo los ecos sonaron
 Repitiendo la hórrisona voz;

Y el crugir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso,
Parecian al tirano medroso
Que clamaban tambien "¡maldicion!"

Cambia luego la escena: entre tinieblas,
De fuego circundado
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcán, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
Prorumpen en horrendas carcajadas,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros, hórridas serpientes
Ciñen su corazon, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera....
¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente,
Se inunda su frente
De frio sudor:
Parece que escucha

La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor.

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia:
En vano clemencia
Demanda su voz:
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios!

1837.

